

Marina, José Antonio: *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos*, Anagrama, Barcelona, 1999, 310 págs.

Después de dedicar cinco exitosos libros al ingenio, la inteligencia, la ética, los sentimientos y la voluntad, José Antonio Marina se enfrenta con el tema del lenguaje desde la perspectiva antropológica que caracteriza su obra. Como el autor mismo advierte (p. 9) lo que iba a ser la introducción a un diccionario de los sentimientos se ha convertido en una introducción a una lingüística peculiar que, no obstante, pone las bases para estudiar el léxico sentimental, con un enfoque adecuado. La peculiaridad que consigne ese buen ángulo estriba precisamente en la mencionada perspectiva antropológica, que podría formularse así: el lenguaje debe ser devuelto al sujeto hablante.

El recorrido al que nos invita Marina en *La selva del lenguaje*, hace honor al título elegido. No es lineal. Va y viene por las distintas disciplinas y corrientes que estudian el lenguaje o que se relacionan con él: la fenomenología, la filosofía analítica, la semiótica, la pragmática, la sociolingüística, el estructuralismo, el constructivismo, la hermenéutica, la neurolingüística, la psicología cognitiva, la psicología infantil, la psiquiatría, la antropología cultural, la matemática. Todas estas referencias se documentan con un arsenal de información bibliográfica en el que el autor ha querido poner también un toque personal, añadiendo a las notas lo que él llama un tango bibliográfico, donde se alaba y se critica el trabajo de algunos de los muchísimos intelectuales citados y son tratadas de manera más sistemática cuestiones que no conviene dar por supuestas. Es especialmente notable el esfuerzo por hacer amena la complejidad a la que conduce el objetivo del libro, con una lograda combinación de científicidad y retórica.

Otra característica laudable es la valentía con la que el autor afronta temas profundos atreviéndose a criticar posturas que gozan de un prestigio casi universal como es, paradójicamente, el relativismo. Sin embargo, a pesar de ser frecuentes las expresiones rotundas, se percibe en éste y en otros temas cierta ambigüedad. El estilo algo desenfadado, a la vez que riguroso, le permite afirmar, por ejemplo, que “los críticos de la noción de verdad crean primero un monigote y luego se dedican a zurrarle” (p. 200) y reducir después lo que él llama verdades reales a aquéllas necesarias para la vida cotidiana, como pueden ser –el ejemplo es suyo– las verdades reales que domina el fontanero. Distingue este tipo de verda-

des de las verdades mundanales, fundadas en evidencias privadas. Parece, aunque no es del todo claro, que las verdades referidas a cuestiones últimas estarían dentro de estas verdades mundanales, es decir, dentro de las opiniones (pp. 200-204).

Arraigar de nuevo el lenguaje en la persona, que es quien habla, vincula la lingüística con la ética. No obstante, Marina niega –y me parece acertado– que el consenso propugnado por la ética discursiva, con Habermas a la cabeza, pueda fundar la ética (p. 184).

Marta Miranda

Schmidt-Biggemann, Wilhelm: *Historische Umrisse abendländischer Spiritualität in Antike, Mittelalter und Früher Neuzeit*, Suhrkamp, Frankfurt, 1998, 798 págs.

Según Schmidt-Biggemann, la fantasía fue el motor primordial de un tipo peculiar de espiritualidad occidental que siempre se movió entre la razón y los sentidos, entre la sabiduría de la fe y las meras realizaciones históricas contingentes de las distintas religiones y mitos. Al menos así lo hicieron notar Plotino, Agustín de Hipona, Avicena, Buenaventura, Marsilio Ficino, o Nicolás de Cusa. Concibieron la fantasía y la memoria como el lugar privilegiado donde a cualquier hombre se le hace presente lo maravilloso, lo numinoso, lo divino, al hacerse cargo de la posibilidad de la revelación, la creación o de una salvación ultramundana.

Según la *teología iconográfica* de Johann Arndts de 1597, se debe establecer un paralelismo entre *el libro de la naturaleza* y *el libro sagrado*, haciendo un uso distinto en cada caso de la fantasía, como si la realidad sensible fuera una simple representación de un mundo metafísico previo en virtud de determinados arquetipos o simbolismos figurativos. Por su parte Nicolás de Cusa rechazó la teoría de la doble verdad de Averroes y el averroísmo latino, al proponer este ideal sincretista como fundamento y condición de posibilidad de la propia religión. A partir de entonces la filosofía y la espiritualidad occidental vendrán caracterizadas por tres rasgos: a) el reconocimiento de la *esencia y existencia divinas*; b) la caracterización de la ciencia como una secularización del *logos cristológico*; c) la referencia a un *mundo primordial creado*, objeto